

IDALIA MOREJÓN ARNAIZ

NUEVA ARQUITECTURA CON FILOSOFIA (IN)SEGURA*

Todo el mundo tiene un lugar bajo el cielo: el traidor, el opresor, el asesino —¡pero el esteta no! Él no cuenta. Está excluido de los elementos, es la nada.

Marina Tsvietáieva, *Locuciones de la Sibila*

Dice que investiga la arquitectura habanera de los años cincuenta. No sale de los chalés de Miramar, mucho menos de las propiedades horizontales del Vedado.

—Prefiero los *penthouses* con piscina —afirma con una sonrisa irónica, y cuando sus anfitriones lanzan la carcajada cómplice, regresa al tono doctoral, mueve los índices como si fueran comillas—: El *penthouse* es la más elevada expresión de un estilo de vida de alta productividad en la creación de dinámicas sociales... Cuanto más tiempo pueda pasar estudiando esta joyita, más pronto terminaré mi tesis. Por cierto, ya estoy finalizando el guión para un documental que presentaré en el Festival de Cine. Este *penthouse* es un patrimonio y tenemos que divulgarlo. Desde luego, les pagaré todos los gastos durante el rodaje.

Los anfitriones sonrían, primero como máscaras, enseguida con cordialidad.

Han pasado más horas que camellos por el desierto, pero Manolito continúa ahí, dizque observando «el estilo», mientras bebe una rala dosis de

* Texto escrito especialmente para esta antología.

ron con abundante soda y enormes trozos de hielo, para no perder el control de la situación. ¿Quién no le improvisaría una fiesta a un hijo de Fidel, a cualquier hora del día o de la noche, si él mismo paga la cuenta? Especialmente si ha llegado de la mano del Librepensador Número Uno, a quien conoció «por casualidad» en otro *penthouse*.

Los anfitriones y sus amigos dan saltitos mentales de tanto regocijo. Manolito, mientras tanto, hojea las obras de los clásicos del sufismo, del neoplatonismo, de autores que revisan el marxismo y desmontan con palabras las estructuras de poder —aunque se le van los ojos hacia el manual de Tarot que alguien ha largado en una esquina: esto es algo que su novia adoraría. Presta especial atención a las llamadas telefónicas que los anfitriones reciben del extranjero, a los visitantes iracundos y hambreados que frecuentan el *penthouse* «solo para desacreditar la integridad del sistema», como anota en sus informes. Observa los pelos y señales de los vendedores que llegan a ofrecer productos del mercado negro, a las chicas que entran y salen, unas veces como novias, otras como amantes.

Sus visitas habían sido planificadas para la temporada ciclónica, cuando llueve bastante y abundan los pretextos para demorarse más de lo conveniente sin despertar inquietud. Los anfitriones, un matrimonio joven que había sido expulsado de la antigua Unión Soviética por sumarse a la *perestroika*, se habían hecho de rogar durante algunas semanas; no estaban dispuestos a mostrarse inferiores al hijo díscolo del Odiado. No obstante, terminan por sentirse satisfechos, aptos para ingresar y mantenerse a toda costa en el nivel de vida que el estatus de su nuevo amigo les promete.

Ahora que los ha conquistado a base de ron, a base de espaguetis y discos de U2, Manolito habla-habla sobre arquitectura y se mueve como si estuviera en su propia casa:

—Este es, sin dudas, un *penthouse* estilo Florida High 1958 —insiste, como si un inmueble fuera lo mismo que un viejo Chevrolet—. De aquí se contempla el mar con la perspectiva que más valoriza esta zona: excelente vista aérea, con el faro del Morro incluido en el panorama...

Desde allí presenciará el espectáculo inolvidable de la Tormenta del Siglo, hecho que, debido a los estragos causados en la vida cotidiana de la vieja localidad, se convertirá en tema de discusión, más político que meteorológico.

Pasado el temporal, Manolito retoma las visitas sin previo aviso. Ahora dice encontrarse a punto de iniciar una nueva gestión: tendrá que asumir los negocios de su familia en Canadá y quiere saber si puede contar con sus nuevos amigos. Podrán vivir felices en la nieve; una comunidad «de con-

fianza» está siendo creada, será una oportunidad para salir del calor, de la crisis, ahorrar dinero, visitar a la familia en las vacaciones, o de allí «saltar a Europa definitivamente». Pero el matrimonio afirma detestar la nieve.



Mientras desayuna en su angosto apartamento de Alamar, Manolito anota en el cuaderno donde esboza sus informes: *Florida High. Penthouse 2: Los 5 U 4 cieguitos de la causa nacional discuten mucho, dicen saber lo que hace falta saber para mejorar el sistema. Es un club, un club de lecturas subversivas. Todos quieren vivir una ilusión y me recuerdan, cuando se pasan de tragos, el derecho a ser tratados como lo que hubieran sido «si las cosas no fueran como son»*. Puede anotar lo que quiera, puede pasarse todas las jornadas de sus días de gloria de punta en blanco, con una botella de ron añejo y un par de tabacos de reserva en la guantera de su Fiat particular, en caso de que necesite amigarse con algún depositario de valiosos secretos. Soldadito ejemplar, evalúa la situación, relata en detalle quién es quién, basado en lo que ha aprendido a lo largo de sus quince años como «especialista e investigador», en sus cualidades innatas para ser uno hoy y otro mañana, don al que le saca partido en su propio beneficio. Él también tiene un compañero que lo atiende, un oficial que le facilita libros sobre arquitectura y urbanismo, fotografías con la ubicación de todos los *penthouses* de la ciudad. Le indica su superior: «esto es lo que tienes que saber». Pero el Florida High, se enorgullece Manolito, es de su propia invención, y aunque le preocupa pasar por charlatán, ante los huéspedes revoltosos de la Era Final, su nomenclatura resulta eficaz y creativa:

—Con el Florida High tengo la posibilidad de acceder a una dimensión urbanística original, porque las fachadas de los edificios fueron pensadas en función del espacio donde están ubicados... —Y por ahí se va, bien lejos, subiendo la parada hasta citar, como de pasada, sus visitas europeas para conocer el Barroco italiano, «gracias a papá».

Oveja negra en traje verde olivo sobre guayabera blanca, en secreto cuenta a los 5 U 4 cieguitos su renuncia a la dirección del Centro de Genealogía Revolucionaria, «pues Barbapapá no aceptó mi propuesta de reparar las injusticias de orden parental cometidas por los fundadores de “esta maldita Revolución”, en favor de su único y exclusivo beneficio». Lo confiesa con sorna, mientras mueve la mano derecha repetidamente, con el clásico gesto de quien se alisa los pelos de una barba imaginaria. Así se expresa Manolito, falso hijo pródigo, solidario por un día con las demandas de su

generación, mientras se interna en los túneles de la vieja localidad intentando exterminar a la vanguardia letrada del Período Mortal.



Aprendió la profesión con su verdadero padre, el agente Amadito, que en los años 80 había sido condecorado por combatir la corrupción entre los dirigentes del Partido en las provincias orientales, adonde llegó fingiendo ser asesor del Ministro de Cultura en visita no programada. Amadito surcaba los municipios como un surfista de la burocracia política. Habanero de nacimiento, fingía ser de origen campesino, e insistía en la necesidad de revalorizar la música popular. En los pequeños municipios le organizaban presentaciones de danza con grupos pioneros, y al final, las autoridades destinaban cuantiosas sumas de dinero para el puerco asado y las cervezas heladas, para el alojamiento en hoteles de incontables estrellas. Fueron seis meses de gira entregando a los corruptos, rebajando de cargo a los que desviaban recursos, inclusive para agasajarlo.

Manolito, chofer y aprendiz, insistía en saber con lujo de detalles de dónde el padre sacaba las ideas.

—Pichón de tigre —exclamaba Amadito, inconsciente de la complejidad de su metáfora— has heredado de mí el talento para ser lo que no eres. Te auguro un futuro brillante en esta nueva sociedad —Y sonreía con satisfacción.

—Esto es heroico, viejo —le decía Manolito, que soñaba con ser Julito el Pescador, o repetir en tierras africanas las hazañas del mariscal Zhúkov.

Y el padre le explicaba las poses, los discursos, los gestos, los tics que no dejarían la menor duda sobre su identidad como futuro hijo del Odiado.



Esta tarde, Manolito ha visitado por primera vez al Librepensador Número Dos, uno de los comentaristas más perspicaces del círculo de escritores que frecuenta el *penthouse*, «un convencido de todo, con los pies en las nubes, recto hasta demás», anota en su cuaderno. Redactando informes ha descubierto su vocación por la arquitectura, pero sabe que no puede quedarse en esta otra vida para siempre.

Neoclásico Decadente. Casa 1: Con L-2 no fue necesario hablar del neoclásico en contraste con el Florida High. Se interesa más por la carpintería, las cañerías oxidadas, los derretidos en el techo, por las manos de lechada para combatir el salitre. No encontré a la vista ningún libro que lo comprometiera, apenas toda la obra del Che Guevara en un estante cubierto con un paño rojo.

L-2 no abre la boca, pero su madre sí. Me ha pedido que interceda en favor del revoltoso, a quien, como ella misma me ha contado, hemos intentado «asustar» en tres oportunidades con citas a la estación de 100 y Aldabó. Me ha entregado una carta dirigida al Comandante en Jefe; le pide que reconsidere la sanción con que «amenazan» a su hijo; ella es una madre enferma, necesita ayuda permanente, y promete distanciarlo de la gente del penthouse. Sin embargo, no creo que esté verdaderamente enferma, ni que pueda controlar la situación. Adjunto la carta.

[...]

La arquitectura no está funcionando. Se aburren y quieren que los lleve a conocer otros penthouses para entender mejor y bla bla bla. No paran de preguntarme cuándo empieza el rodaje del documental. Solicito autorización para decirles que está parado, porque el productor es un mexicano que se encuentra ahora en la organización del Sundance.

En el penthouse están montando un equipo de traductores. Tengo dificultad para leer los artículos, no solo por el idioma, sino también porque no está a mi alcance discutir la modernidad de San Peterburgo, la relación entre la arqueología y el saber, la casa y el ser, por qué una lengua es mayor y otra menor —mucho menos en qué consiste un panóptico. En mi última visita insinuaron que cualquier arquitecto dominaría la complejidad de esas estructuras. Me dieron como ejemplo la histórica foto del Comandante en Jefe saliendo del Presidio Modelo. Según ellos, esa construcción es un panóptico. Facilitar cuanto antes libros de M. Bermann, W. Benjamin, M. Foucault, A. Koestler, G. Orwell, H. Arendt, G. Deleuze y J. Derrida.

Manolito preferiría saber, de boca de su propia novia, si en el Tarot se sacará la carta del ahorcado. Ha perdido el sueño, ha perdido el control del descontrol.

—Estás desmotivado —le diagnostica su psicólogo asignado.

Lo mismo repite, con intenso malestar, el compañero que lo atiende,

y le autoriza un presupuesto en divisas para comprar buenos regalos de cumpleaños, varios metros de tubería, cemento y lechada para la casa del Librepensador Número Dos.

—Quédate con el vuelto —le dice, mientras le enfila 300 dólares en un bolsillo de la guayabera—. Con esto ganaremos tiempo hasta que llegue tu relevo.



—Si consigue salir temprano de la oficina, a lo mejor «papá» pase por aquí —susurra Manolito, flanqueado a la izquierda por el Comensal Librepensador Número Uno, a la derecha por el Comensal Librepensador Número Dos.

Bebe un sorbito de Legendario, ahora sí a la roca, y se levanta para ir al baño. Con dos minutos de ausencia, calcula, sus escoltas filosóficas tendrán el tiempo necesario para comentar la noticia con el resto de los librepensadores, invitados a esta cena conmemorativa de su 35 cumpleaños. Y regresa justo cuando el camarero se acerca con los pedidos: Pato a la Toco-ro-ro, Cerdo grillé a la Toco-ro-ro, Langosta en almíbar a la Toco-ro-ro, entre otras delicias del chef de este apartado y lujoso restaurante, ubicado en las inmediaciones del Emporio de la Convención Nacional.

—Solo para la realeza —ironiza Manolito, y propone un brindis con la boca llena. Los librepensadores lo imitan, entre inquietos y desconcertados.

El auto-homenajeado ha venido acompañado, además, por dos «amigos de infancia», acreditados para la ocasión como hijos de desaparecidos de la dictadura argentina, desde niños refugiados en la vieja localidad.

—Santiaguito se va conmigo a Canadá, será mi gerente, pero el Mosca se queda, a él tampoco le gusta la nieve. Ya le he dicho que con ustedes estará en buenas manos.

Y con un gesto le indica al Mosca que abra su mochila porteña, de la que extrae un par de tomos de Foucault, otro par de ensayos de poesía. Los librepensadores, acostumbrados a circular en público con los libros forrados, miran a su alrededor, temerosos de que alguien los espíe. Soban los libros, revisan los índices, apuran el ron y se relajan: sus rostros se han iluminado. El Mosca se acaricia la coleta, toma la palabra y reseña, uno por uno, el contenido de estas novedades «acabaditas de llegar de Buenos Aires»: cómo el Poder se ensaña con la diferencia y la transforma en locura, cuál es la diferencia entre sexo y moral, por qué la filosofía actual prefiere

buscar «la verdad» en la literatura, las holocásticas razones del suicidio de Celan...

—En este país, el verdadero poder —remata el Mosca—, muy pronto estará en manos de la vanguardia estética. Los dejo con los libros. Veámonos en estos días para seguir conversando.

Manolito respira aliviado. La rueda de la fortuna gira veloz alrededor de su cabeza: a punto está de derribar la carta del ahorcado.